

## **“Esto por La Broma pronto se sabrá...” Análisis y reflexiones sobre el periódico La Broma considerando a sus redactores afroporteños (Buenos Aires, Argentina, 1876- 1882)**

**“This, by La Broma, will shortly be  
known...” Analysis and reflections about La  
Broma newspaper considering its  
afroporteños<sup>1</sup> editors (Buenos Aires,  
Argentina, 1876-1882)**

**Mariela Castro**

Profesora de Historia por Instituto de Formación Docente N°16, Licenciada de Historia por la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad del Centro y Docente en nivel superior, provincia de Buenos Aires, Argentina. ORCID-ID: <https://orcid.org/0000-0002-2441-6401>  
Correo electrónico: [mc2021drive@gmail.com](mailto:mc2021drive@gmail.com)

**Fecha de recepción:** 22 de marzo de 2022 **Fecha de aceptación:** 3 de mayo de 2022

### **Resumen**

El presente trabajo tiene como principal objetivo poner de relieve qué sentidos, idearios y proyecciones produjo la cúpula letrada afroporteña de 1876 a 1882, a través del periódico La Broma. Ello, haciendo énfasis, no solo en su contexto (demarcado fuertemente por políticas de blanqueamiento social impuestas hacia los afroargentinos), sino concertando una aproximación sobre cuáles fueron las características y elementos que los redactores de La Broma encauzaron en aquel medio, como vehículo para el “orden y progreso” intercomunitario (de cara a otras publicaciones pertenecientes a la misma comunidad).

<sup>1</sup> Refers to a person who was born in Africa (or the descendant of african people) and is living in Buenos Aires.

**Palabras claves:** afroporteños; prensa periódica; La Broma; siglo XIX; orden y progreso.

### **Abstract**

The main objective of this paper is to highlight the meanings, ideologies and projections produced by the afroporteños literated elite from 1876 to 1882, through the newspaper La Broma. Emphasizing not only in that context (strongly demarcated by the social whitening policies imposed on Afro-Argentines), but also making an approximation of the characteristics and elements that the editors of La Broma channeled in that medium, as a vehicle for the intercommunity "order and progress" (in comparison other publications from the same community).

**Keywords:** afroporteños; press; La Broma; XIX century; law and order.

### **Introducción**

El último tercio decimonónico argentino manifestó convulsivas transformaciones, las cuales arrasaron con viejas prácticas e ideas por la imposición definitiva de otras nuevas sean tanto en el ámbito económico, social, político como cultural. Bajo esa nómina, el Estado-Nación se configuró por ciertos actores que pujaron por la imputación de sus propios intereses institucionalizándolos en todo el país (Bragoni y Míguez, 2010). Esas mismas bases reposaron en una agenda capitalista liberal yuxtapuesta al ideario de modernidad, el cual se nutrió bajo el lema del “orden y progreso”. Sin embargo, ese discurso no fue exclusivo del núcleo demarcado. Otros sectores socio-culturales hicieron acople del mismo, siendo la prensa periódica una de sus abanderadas.

Considerando ese contexto se presenta esta investigación, anclada en el semanario titulado La Broma publicado entre los años 1876 hasta 1882 por afroporteños. La Broma frente a otros contemporáneos se caracterizó por su longevidad, su continuidad entre número y número (principalmente en sus últimos años) y el género discursivo ambiguo en que se redactaban sus noticias (autodenominándose jocoseros). Eso fue gracias al sector letrado a cargo de su mantención el cual no solo fue responsable de su existencia y administración, sino de proyectarlo bajo determinadas nóminas e intenciones como vehículo disciplinal para su comunidad. Por estas razones a lo largo de este trabajo se sostiene que La Broma simbolizó el puente de unión entre sus redactores y los lectores que lo consumían, materializando en mensajes puntuales una agenda socio-cultural en defensa explícita del “orden y progreso”, binomio constitutivo que creían fundante para internalizar la ilustración, la modernidad y la civilidad en sentido comunitario.

Al sostener que La Broma representó “el medio para” significa que se moldeó bajo las representaciones que la preconcieron, constituyéndose como un actor específico que buscó imponer las premisas que pregonaba. Por ello, las observaciones que se registran en sus publicaciones, dilucidan a través de percepciones y experiencias, las transformaciones vivenciadas en su cotidiano. Estimando este argumento nace una aclaración: los tópicos y debates que conformaron las columnas de La Broma no significaron una representación exacta de la realidad en sí, sino que simbolizaron la visión que sus redactores establecieron de aquel contexto, el cual en simultáneo estaba produciendo y reproduciendo el ideario de “blanqueamiento social”, iniciando el mito de la “desaparición” del afrodescendiente en nuestra historia.

### **Afrodescendientes en la historia argentina**

En la historiografía tradicional argentina la comunidad afrodescendiente decimonónica, fue negada, opacando desde su historicidad, su cultura, así como su participación en los diversos espacios de opinión pública. En abandono y refutación a este postulado teórico, en los últimos treinta años han surgido emergentes investigaciones, las cuales exponen nuevos cuestionamientos no solo vinculados al silenciamiento histórico que padecieron, sino potencializando la visibilización de cómo ciertos estigmas impuestos por aquellos discursos lamentablemente se colectivizaron, presentando permanencias hasta nuestro presente.

Las prácticas empleadas para negar la existencia de la comunidad afro (anclada en este caso puntual, al espacio porteño) tuvieron diversos matices. Uno de ellos puede vincularse a determinados actores políticos pertenecientes a la cúpula del poder nacional, defensores en direccionar a la Argentina como reflejo de las metrópolis europeas. El problema fue que desde aquellos idearios se gestó una paradoja: la negación de sectores que “no pertenecían” a ese imaginario, cuando su presencia era indefectiblemente visible. Ese rechazo e invisibilización se basó en preponderar una mirada eurocéntrica como matriz discursiva, habilitando una jerarquización social bajo rotundas alusiones al supuesto de nación blanca universal (Geler, 2008). Los sectores o grupos que no tenían lugar en aquel paisaje, se los marginalizó hasta “borrarlos”. Dentro de ese esquema excluyente, se circunscribió a los afrodescendientes.

Ese proceso de marginalización-invisibilización fue efectuado a través de diversas instituciones, de índole censal como intelectual, propiciando los medios simbólicos necesarios para poder (paulatinamente) suprimir a los afrodescendientes de aquel proyecto social (Solomiansky, 2015); asignando bajo estigmatizaciones absolutas atributos peyorativos y humillantes (Ghidoli, 2015). En continuidad a esa línea de pensamiento, la otredad se ancló en el calificativo de negritud, el cual no solo fue suprimido por la historia de la blanquedad, sino que encerró en ese esquema cromático racial (Quijano, 2014) la exclusión de aquellas personas que no eran consideradas “pertenecientes al ser nacional”. Fiel ejemplo de ello fueron las producciones intelectuales reproducidas por destacados ilustrados, pregonando los condicionantes a tener en cuenta sobre qué o quiénes entraban en el paisaje civilizatorio (Halperin, 1980), fecundando desde esas bases ideológicas la edificación de un país “racialmente” homogéneo, blanco y europeizado; bastiones orquestados a su vez como plebiscitos necesarios para alcanzar la modernidad y el progreso.

Dentro del ámbito de la historiografía argentina, muy pocos investigadores pudieron romper con esa premisa enunciativa debido a que algunos trabajos siguen posicionando a los afroargentinos en una lejanía tempo-espacial, obviando sus contribuciones sociales, así como la hibridación cultural de la que fueron partícipes, dando por hecho su “desaparición” luego de las guerras de independencias acontecidas a principios del siglo XIX. Ante esto puede sostenerse que los semblantes discursivos pasados y presentes reprodujeron la estigmatización hacia los afros mediante ciertos estereotipos. O sea, en la asimetría inherentemente dada en cualquier relación de poderes sustancialmente clasificadora (quiénes lo poseen y quiénes no) se construyó un “otro” excluido, fabricando mediante una representación estereotipada su manipulación para el orden impuesto (Ocoró, 2010).

A los afroargentinos en el transcurso histórico, se les atribuyeron clasificaciones arquetípicas peyorativas, las cuales se naturalizaron, imputándolos como “inferiores” desde una codificación biológica racista que atravesaría cuerpo y mente (Bou, 2008). Esto a su vez derivó en la imposición de “roles” legitimantes hacia aquella noción de “inferioridad”, concretando una imposición social estática (por ejemplo, el servicio doméstico).

A partir de lo expuesto hasta este momento, se pueden trazar cierto miramiento en común: no existió un único medio estratégico para la invisibilidad y/o exclusión de los afrodescendientes. Como en todo proceso histórico, se desarrollaron múltiples bases que sustentaron y demarcaron su imposición. El diseño discursivo que idealizó Argentina en un marco de referencia cromático

blanco fijó esa diferencia legitimando fuertes relaciones de poder establecidas por la elite intelectual y gubernamental. El censo municipal de 1887, fortificó institucionalmente el paradigma de blanqueamiento poblacional, minimizando la existencia de los afroporteños en cifras sumamente cuestionables. Es interesante ver en asociación al mismo, cómo la afirmación de la “inminente desaparición” de la población afro encontró un apoyo descriptivo. Aquí el Estado fue responsable del aceleramiento de las estadísticas oficiales a favor de la declinación demográfica de esta comunidad (y lo volvería hacer en el censo nacional de 1895), siendo cultivador y productor consciente del mito de la Argentina “blanca”.

Si bien en este artículo no se desea exponer un análisis detallado para refutar la errónea teoría basada en la “desaparición” del afro (la cual predominó durante tantos años en la historia argentina), son consideraciones que permiten una contextualización del período trabajado. La comunidad afrodescendiente formó (y forma) parte de esta sociedad, así como determinados agentes de su comunidad injirieron históricamente en la esfera pública porteña: sea desde asociacionismos, clubes, orquestas, producciones artísticas como en la prensa letrada. Será en ese período donde se creó La Broma, un periódico redactado por y para la comunidad afroporteña entre los años 1876 a 1882, precisamente en la misma bisagra temporal-espacial en la que se adjudicó su “desaparición” por el supuesto de “blanquitud civilizatoria”.

### **La Broma en la prensa letrada afroporteña entre los años 1876 a 1882**

¿Qué cuestiones entran en juego cuando se plantea la existencia de una esfera periodística afrodescendiente? ¿Cuáles eran las características de sus publicaciones y cómo injerían en la esfera pública porteña decimonónica? Frente a estos interrogantes puede considerarse que los periódicos afros en su mayoría, no escaparon de las cualidades y dificultades habituales que concebían otras publicaciones del escenario periodístico en general. Algunos títulos fueron efímeros, otros discontinuos entre número y número y en muchos casos el tiraje se detenía por meses. Ante esto había dos opciones: se retomaba la publicación tiempo después o cesaban indefinidamente. Esos desequilibrios no eran excepcionalidades sino resultado de los múltiples condicionantes que significaba por aquellos años la mantención de un periódico; sea desde acceder a los medios técnicos necesarios, contar con un fehaciente presupuesto, poder percibir su cobro (el cual en su mayoría se efectuaba de forma mensual por suscripción, por cobro publicitario o venta callejera) y la escasa posibilidad de intervención en otros espacios, profundizando una competencia por la conquista de nuevos lectores. En virtud de lo mencionado, no debe perderse de vista otro factor: los periódicos puntualizados eran intercomunitarios, es decir producidos y dirigidos por afroporteños. Esa característica no fue menor, debido al público lector específico que buscaban.

Sopesando el carácter ciclotímico de las publicaciones, entre fines de 1850 a 1882, la prensa afroporteña publicó una veintena de títulos. Entre ellos: Raza Africana, El Proletario, La Igualdad, El Artesano, La Crónica y El Porvenir. Será a partir de 1876 donde se dio una notoria incrementación de semanarios, como La Perla, El Unionista, El Aspirante, La Aurora del Plata, La Juventud, El látigo, La Protectora y La Broma. A mediados de 1880 si bien estos periódicos dejaron de existir (surgiendo en paralelo otros dos llamados La Razón y El Obrero), notoriamente en el ámbito porteño para 1890, no se han asentado nuevos títulos.

Debemos destacar que, entre los periódicos mencionados, La Broma fue el más longevo existiendo entre 1876 y 1882. Compuesto de cuatro páginas, estuvo signada por seis épocas. Estas hicieron referencia a los cortes efectuados por el cese de la tirada<sup>2</sup>, registrando por años su continuidad temporal sin sufrir cortes<sup>3</sup>. Por ejemplo, cuando en el margen superior de su primera

---

<sup>2</sup> Las cuales se reconocen seis en los años de publicación.

<sup>3</sup> Notoriamente su sexta época se compuso de tres años consecutivos sin interrupción.

plana se visualiza “Año II Época VI”, significa que fue el segundo año de publicaciones ininterrumpidas en su sexta época de existencia. Asimismo, puntualizar que La Broma junto a otros contemporáneos (como La Juventud, La Perla y El Aspirante) haya tenido “épocas” guarda consonancia con los problemas de mantenimiento que debían afrontar varios periódicos afros. Si bien estas complicaciones eran inherentes al campo periodístico en sí, varias veces dichas interrupciones no podían ser retomadas en la posterioridad. A su vez, si bien el frontispicio<sup>4</sup> de los títulos seleccionados se organizaba de la misma manera que la prensa general “blanca”, la perdurabilidad de circulación era más inestable que estos últimos.

Otra característica destacable de La Broma, fue como en vastas oportunidades sus redactores la denominaban dando uso al término jocosero. Este mecanismo a su vez servía para distanciarse de aquellas publicaciones abocadas a temáticas serias que abordaban el ámbito político y/o destacadas personalidades que lo circunscribían. En alusión al uso del tono satírico como modismo comunicacional en la prensa latinoamericana decimonónica, puede sostenerse que el mismo se conjugó a través de varias manifestaciones. Entendiéndose entonces que el humor tenía un lugar determinante en lo burlesco, vinculándose a su vez, con la definición de comedia, por ello: “La designación de “jocosero” –el adjetivo está registrado en el Diccionario de Autoridades de la Real Academia Española de 1734- formaría parte de esa misma estructura del sentir” (Roman, 2010, p. 36).

Fueron los mismos redactores de La Broma quienes explicitaron por qué llevaba ese nombre:

Se llama <La Broma> porque el carácter que ella enviste, es más joco-serio, que serio; se llama <La Broma> porque es el órgano esencial de nuestra juventud, repetimos, el chiche de nuestras bellas como le titularon sus colaboradores y le llaman todos lo que la conocen. Se llama <La Broma> porque se ocupa con preferencia de dar detalles de bailes, paseos, sociedades, etc. Y si alguna vez escribimos algún artículo serio, no es con la intención de ilustrar a nadie, porque mal podemos pretender enseñar lo que nosotros no sabemos y deseáramos que nos enseñase; [...] aquí todo es jarana, chacota, alegría. – POR ESO SE LLAMA <LA BROMA> (La Broma, 15 de noviembre de 1878, N°17).

Cabe destacar que los argumentos que se comparten en anteriores párrafos, no son los únicos. El género discursivo que sostuvo La Broma en su historia fue diverso a otros títulos comunitarios (principalmente al de La Juventud) pero no a otros círculos de la prensa “blanca” en general. Y esto pudo deberse a que más allá de los latiguillos o exacerbos satíricos hacia lo acontecido en tertulias o bailes, la cúpula redactora de La Broma no escapó a la matriz de modernidad, ilustración y liberalismo socio-económico que se entretejía notoriamente entre las cúpulas de poder.

En perspectiva se puede argüir que La Broma subyacemente a su conformación como el perfil comunicacional que transmitía, intervino en el cotidiano afroporteño. Desde aquel esquema y a través de las trayectorias de quienes la redactaban se reprodujeron discursos, sentidos, deseos y proyectos parcialmente serviles a una agenda ideológica general promovida (en parte) por la esfera pública blanca, pero reapropiada desde la historicidad, baluartes y vivencias intercomunitarias. Las voces de sus responsables se transformaron en papel; fue su palabra escrita la que dio forma al periódico, simbolizando un instrumento, el puente conector que buscó interpelar en los lectores la legitimación de sus mensajes. Con estas cuestiones en mente, queda indagar si La Broma podría ser denominada como órgano representante de un sector subalterno o privilegiado dentro de comunidad afroporteña.

---

<sup>4</sup> La Broma se conforma de los siguientes apartados: “Redacción” (compuesta por nota de redactor o por cartas enviadas de lectores) continuando con subtítulos bajo la denominación de “Discusión Libre” y “Varillazos” (crónicas de tertulias, bailes, casamientos, bautismos, carnaval), “Sueltitos de Costumbre” (noticias en relación a cuestiones comunitarias, necrológicas, convocatorias a bailes, publicidades de oficio, información de fechas de cobros a los suscriptores), prosiguiendo con el apartado de “Noticias Varias” o “Variedades”.



En ese sentido, resulta útil revisar la teoría que expone a La Broma como un periódico perteneciente a una porción acomodada de la urbe porteña, siendo vocero de las clases altas afrodescendientes (Andrews, 1989), revistiéndose no como un órgano identificador hacia sus pares sino como medio servil para alcanzar cierto reconocimiento o prestigio ante los sectores blancos del poder. Prosiguiendo por esa argumentación, se sostiene: “La Broma era el órgano de esta “burguesía negra”, como E. Franklin Frazier rotuló a su contraparte de los Estados Unidos. Desde el mismo comienzo, La Broma se presentó como vocero de la alta sociedad afroargentina.” (Andrews, 1989, p. 223). Frente a lo citado, se puede aunar que: “También hacer periodismo requería un cierto nivel mínimo de formación que no tenía la mayoría de los afroargentinos en aquella época. De allí que solo unos pocos –que conformaban la élite- pudieron lanzarse al periodismo” (Yao, 2015, p. 137). Conviene subrayar algunas diferencias entre estas dos argumentaciones. Yao a diferencia de Andrews, no apunta a La Broma como órgano representante de las clases burguesas afros (es más, a lo largo de su investigación, nunca menciona la categoría “burgués”). Lo que sí da como definitivo es que la prensa afroporteña en su generalidad fue una élite “negra y mulata”, la cual buscaba paridad con los blancos.

Una tercera teoría sostiene que las publicaciones de la cúpula redactora afroporteña decimonónica (sea en materia de política, cultura o sociedad) intentaron crear patrones identitarios intercomunitarios los cuales se institúan como dispositivos de disciplinamiento serviles al Estado. Bajo esa premisa, se argumenta:

Los directores y redactores de los periódicos afroporteños luchaban acerca de cómo llevar adelante los cambios y peleaban por conservar su estatus de portavoces y guías de su comunidad. Los periódicos reflejaban luchas y formaban parte imprescindible de ellas, tomando la palabra para discutir y convencer de la idoneidad de sus ideas. Quienes estaban a cargo de las publicaciones ocupaban un lugar de poder muy singular. Se transformaron en agentes de cambio o intelectuales subalternos, haciendo acopio de poder y prestigio (Geler, 2007, p. 17).

Aquí el estatus de privilegio es otorgado al factor intelectual como vértice de transformación y regeneración entre los agentes involucrados. A su vez, se arguye que es a través del lugar que ocupan ciertos individuos en el complejo prisma que erigen las relaciones sociales, lo que permite definir quién es, al fin y al cabo, un intelectual (sea en vista de las actividades y/o roles que esté cumpliendo entre sus pares, poseer un saber específico, manipular ciertos códigos y reglas, entre otros). Ese esquema de análisis si es traspolado a la comunidad afroporteña, puede dilucidar que algunos de sus participantes adquirieron y desarrollaron (por diversas circunstancias) la aprehensión de características particulares. Para la época ya el hecho de saber leer y escribir (no solo para los afrodescendientes sino para la mayoría de los hombres y mujeres en general) fue un punto de inflexión, que posibilitó preeminencia por sobre el resto. En virtud de esas particularidades, algunos redactores afros se concedieron el rol de “portavoces” para su comunidad. Queda poder desentramar bajo qué nociones y artilugios discursivos se proyectó esa imagen.

En vista de estos análisis, aclarar en primer lugar que si bien los afroporteños del siglo XIX fueron una comunidad conformante de la urbe porteña argentina (junto a otros núcleos sociales), a esto debe sumarse que endógenamente sus miembros presentaban sus heterogeneidades pues no todos contaban con los mismos ingresos económicos, oficios, alfabetizaciones o trayectorias culturales. Si se habla de una cúpula periodística, de clubes o asociaciones lideradas por personas letradas, hay una referencia específica de condiciones que no involucró a todos los sujetos que compartían la misma espacialidad. En segundo lugar, quizás la noción de estatus o élite no solo se puede atribuir a una única característica (intelectualidad). Los responsables de La Broma, por ejemplo, contaron en su haber la práctica de oficios y/o profesiones, generando ingresos económicos por fuera del periódico. A esto debe agregarse otra observación. La construcción del periódico los ubicaba en un espacio de influencia social. Siendo conscientes de esas aptitudes, se

proyectaron como pregoneros de lo “inteligible” alegorizando dicha búsqueda como una batalla a combatir:

Hemos de sostener La Broma, cueste lo que cueste, porque sabemos que ella es necesaria para batallar en los futuros días de la lucha ardiente de la inteligencia contra la ignorancia. La Broma está hoy más vigorosa que nunca. Cuenta con esforzados paladines y militan en sus filas hombres de corazón y voluntad de hierro. La Broma, con el tiempo tiene que ser eco genuino e inalterable de las clases menos acomodadas. Ni una palabra más, puesto que el reloj del tiempo ha de marcar la hora del triunfo (La Broma, 24 de enero de 1878, N°17).

En tercer lugar, destacar que, si bien los redactores de La Broma pudieron llegar a proyectarse como portavoces “guía” para su comunidad, no se sabe el tipo de impacto que tuvo en el público lector y si condujo (o no) a la construcción de patrones identitarios en común.

Los redactores a través de la palabra asimilaron y reprodujeron una idoneidad comunitaria preconcebida frente a diversas situaciones que atravesaron en el cotidiano. Si bien podían ser acopios de otros discursos dominantes promovidos por las cúpulas de poder (sean estatales como de la esfera periodística blanca) los mismos fueron reapropiados para el logro de otras connotaciones, más apegadas al reconocimiento, notoriedad e influencia. A su vez, la formación que adquirieron no escapó a su descendencia, la cual hasta no hacía muchos años fue sometida de forma deshumanizante al mercado de la esclavitud. Desde esta lógica puede decirse que conjugaron simultáneamente una doble mediación: por un lado, para la esfera blanca y por otro, para aquellos lectores interesados de su comunidad.

Desde aquellas connotaciones, comunicaron sus discrepancias, preocupaciones como logros intercomunitarios; instruidos desde baluartes como significancias importadas de otras esferas ilustradas. Sin embargo, puede interpelarse que ese mosaico discursivo le fue ajeno a la realidad de otros hombres como mujeres que compartían el mismo pasado como cotidiano afro. Concluyendo que la comunidad afroporteña conformaba una subalternidad<sup>5</sup>, sin que ello haya significado que todos sus miembros fueran subalternos; por el contrario, un porcentaje de estos eran un sector privilegiado, acomodado, con cierto estatus diferencial a sus pares comunitarios. Esto puede acentuarse en sus propias palabras: “Un gran salón improvisado en el medio de la quinta, no un gran salón, digo mal, un salón soberbio, donde muy bien se podía gozar del ambiente de las flores, como efectivamente gozo gran parte de nuestro high life social” (La Broma, 20 de octubre de 1881, N°42). El término *high life*<sup>6</sup> aparece previamente en otro número, aludiendo que:

Cuando se trata de las bellas conquistas de sociabilidad, se inventan palabras que las caracterizan y definen con gran prosperidad el hecho a que se refieren [...] No de otro modo han adoptado esas elegantes voces como: fashion para los círculos elegantes, high life para los círculos selectos, y para diferentes objetos otros tales como menú troaseau, soirée, te danzant y otras no menos bellas y expresivas. La última es el high life –y está destinado para reunirlo entre nosotros y dar a conocer esta palabra en su acepción práctica- [...] (La Broma, 8 de septiembre de 1881, N°37).

*High life* en ambas citas fue atribuido a los grupos selectos, aquellos capaces de transitar los cánones de prestigio social. Un estilo de vida que, según sus defensores, aquellas personas preparadas en apreciar su significancia y valor podrían imitar. Destacando nuevamente cómo

---

<sup>5</sup> Subalternado proviene de la teoría referente a la imposición padecida por los afroporteños en la alternancia social, no por elección propia sino por diversas ideologías supremacistas, eurocéntricas como marginales de los sectores de poder ilustrados de la ciudad de Buenos Aires. Lo subalterno podría encuadrarse en este acontecimiento hacia una minoría (afros) que actuaba de forma paralela al núcleo dominante (blanca), imponiendo límites sean tangibles como simbólicos, desde su participación como reconocimiento con otros miembros intelectuales de la opinión pública porteña. Sus aportes no fueron alternativos porque así ellos lo deseaban, sino porque mediante mecanismos socio-económicos como culturales les fue impuesto. Esta propuesta ampliatoria del concepto “subalterno” expone una significancia dual, una esfera propia dada por negación participativa a la dominante, que a la vez se integra dentro de la misma (Solomiansky, 2015)

<sup>6</sup> Traducido significa “vida alta”.

algunos afroporteños pertenecieron a una minoría predilecta dentro de una comunidad subalterna. Desde ese “nosotros” conjugaron los núcleos de sus discursos, direccionándolos en un selecto sentido intercomunitario: para los “otros” por fuera del “ellos”.

### **La antorcha del orden y el progreso**

La Broma durante su trayectoria mantuvo determinadas posturas hacia ciertos debates, principalmente aquellos relacionados al orden y progreso social. Desde sus columnas, la visión de cuáles eran las particularidades necesarias para que su comunidad pudiera sumarse al motor del “adelanto civilizatorio” cobró cada vez más significancia. A partir de esta argumentación, nacen nuevas preguntas. ¿Qué sentidos implicó el discurso del orden y progreso en el semanario? ¿A través de qué elementos y sentidos se reproducían? ¿Cuáles fueron sus características? Para responder parcialmente estas inquietudes, se toman tres premisas discursivas: el posicionamiento de pertenencia frente a la esfera periodística, la importancia atribuida hacia las asociaciones de socorro mutuo<sup>7</sup> en la esfera pública afroporteña y la significancia aludida al concepto de moralidad social.

La Broma para el año 1877 bajo el título “A nuestros favorecedores” agradecía a los lectores constantes que, con su suscripción, permitían la existencia y distribución del periódico. En dicho reconocimiento se argumentaba:

Nos hemos propuesto cumplir al pie de la letra con nuestra misión en la prensa. Nos hemos propuesto a seguir una propaganda útil, poniéndola al alcance de todos nuestros hermanos, por medio de aquel agente de pensamiento, que, si bien es microscópico en su forma, es un coloso en sentimientos. [...] Las clases proletarias necesitan de un órgano, que si por lo menos no llena las aspiraciones de la comunidad, sea variado como noticioso y sea ameno o instructivo y chistoso (La Broma, 20 de diciembre de 1877, N°13).

En otra columna se compensaba a la prensa periódica nacional y extranjera por los errores en redacción que podían ser vistos: “Ellos no serán más que el resultado de nuestras pocas luces, para inspirarnos por el amor ferviente que tenemos de ilustrarnos y haber contribuido a que nuestros hermanos de raza y de sangre participen del banquete que nos brinda la forma republicana de gobierno” (La Broma, 20 de diciembre de 1877, N°13). A partir de estos extractos, se puede vislumbrar la catalogación de la comunidad afro como “sus hermanos de raza y sangre”, disculpándose con otras entidades por no alcanzar el nivel de ilustración deseado. En la reaparición de su cuarta época en el año 1878 se sostuvo nuevamente la misma postura:

Queremos que se nos ayude en nuestra propaganda benéfica; queremos que se nos observe si nos deslizamos un ápice de la moral; queremos que todo hombre de nuestro color o mejor dicho, de nuestra raza, preste su concurso en la tarea, siempre que se considere apto para ello [...] Si en sus microscópicas columnas no llega a notar el público, aquella novedad y floridez de estilo que posee la ilustrada prensa argentina es porque nuestra pobre inteligencia no ha sido suficientemente cultivada (La Broma, 25 de julio 1878, N°1).

De nuevo en La Broma (quizás desde una falsa modestia) se construyó una percepción negativa sobre sí misma, considerándose insuficiente ante las nóminas estimadas como ilustradas, midiéndose en sentido desigual a través de calificativos pesimistas ¿Pero fueron propiciados solamente hacia ellos mismos? Este cuestionamiento entreteje de modo subyacente dos vertientes: dicha manifestación fue expuesta como malestar a que su intervención en el espacio público era considerada “deficiente” o acusaron a la misma comunidad afro de no poder alcanzar el progreso

---

<sup>7</sup> Los asociacionismos en la época decimonónica fueron destacados espacios de intervención en la esfera pública porteña. La noción del vínculo de asociación si bien se caracterizó (en su mayoría) por la defensa y representación de intereses y opiniones construyendo una cultura de acción y presión, estas variaron según sus integrantes. Existían asociaciones de inmigrantes, por oficio, intelectuales, afrodescendientes, entre otros (Bravo, 2014; Sabato, 1999).



como meta general por su “falta de inteligencia”. Si se prosigue por esta última perspectiva, nuevamente puede observarse como el “nosotros” se divide entre “ellos” y “otros”.

Sopesando lo demarcado, para el año 1879 bajo el titular “¿Es útil o no?” se intentaba esclarecer cuál sería el valor e importancia de la publicación, defendiendo dentro de aquella pregunta retórica las nociones fundantes que sostenían a La Broma como periódico. Allí se reconoció que, si bien era considerado un pequeño semanario, en el mismo se prestaban grandes y útiles servicios propagandísticos comunitarios (La Broma, 1879). En virtud de esto último, se puede agregar un nuevo factor a la proyección de periodismo concebido. No solo se imaginaba como puente conector para una misión intelectual y progresista, sino que serviría como mecanismo promocional al servicio de su comunidad, proyectándose como órgano de publicidad hacia sus hermanos de raza (La Broma, 1880). Fiel ejemplo de ello, es cuando se argumentó: “Esa es la misión que nos hemos impuesto en la vida y por eso más de una vez, nos hemos desvelado por el progreso moral e intelectual de la comunidad, que nos honra sosteniendo este semanario” (La Broma, 29 de mayo de 1881, N°22).

Si bien los fragmentos mencionados corresponden a distintos años, los posicionamientos expuestos no. Palabras como misión, progreso, moralidad e ilustración aparecen en reiteradas oportunidades. A pesar de ello, otros periódicos afros apelaron que La Broma estaba lejos de ser un “órgano genuino” al servicio de su comunidad. Eco de este posicionamiento hizo La Juventud:

Nada que se relacione con la política de partidos y mucho de detalladas crónicas de tés!!! cafés!!! chocolates!!! de grandes bailes!!! y de bailes grandes!!! (otra vez) paseos!!! soirées!!! reuniones!!! etc. Tal cual es el último párrafo con que termina el programa de un periódico el doctor de las alpargatas. Quien le habrá dado patente para hacerse redactor ¡Pobre sociedad en que manos a caído! (La Juventud, 7 de mayo de 1876, N°19).

Si bien La Juventud con el pasar de sus dos únicas épocas mermó en ataques siguió demostrando cierta reticencia; no solo frente al estilo discursivo que presentaba La Broma sino a la fracción intelectual de la cual provenían sus responsables, señalando el carácter elitista de sus mensajes, descomprometidos *a priori* con la cosa política. En este sentido, otro periódico afrodescendiente titulado El Aspirante (con casi siete años de diferencia a las publicaciones empleadas por La Juventud) arremató: “Lo mejor que encierra “La Broma” es su editorial, y decimos lo mejor porque es donde menos insulto nos lanza, esa falange de muchachos educados que saben que somos nosotros los que necesitamos escuela, eximiéndoles a ellos por cierto” (El Aspirante, 28 de mayo de 1882, N°18). Con esa frase clasificó a La Broma como órgano representante de los “muchachos educados”, aquellos con privilegios que eran diametralmente opuestos hacia el resto.

Comparando estos posicionamientos puede vislumbrarse una similitud, la cual no moró en el ataque a La Broma en sí, sino en la esencia exponencial del mismo: el malestar que generaba el estatus social que circunscribían cotidianamente sus redactores, frente a otros sectores conformantes (como no) a esos círculos. Quizás desde esa noción se forjaron las disputas entre los involucrados, compitiendo por ver quién sería la cúpula ilustrada elegida entre la comunidad afroporteña.

Ahora bien, es interesante retomar la frase de las “clases menos acomodadas”<sup>8</sup> e interrogar desde La Broma quienes eran los que entraban a esa órbita. En su sexta época se compartió:

A este paso las preocupaciones que algunos seres mezquinos alimentaban respecto a nuestra raza, tienen que ser vencidas porque no hay ejemplo en el mundo, de jóvenes como los nuestros [...] Sin exagerar, podemos afirmar que los jóvenes de hoy, son más activos que los de ahora veinte años atrás, sin que esto importe negar, que entonces como hoy los hubo inteligentes; pero, los muchachos de ahora marchan al frente de todo movimiento que importe un adelanto para nuestra sociedad, son más decididos que las

---

<sup>8</sup> Si bien esta última fue utilizada en parafraseo alusivo al término “de color”, en algunas oportunidades conllevaba otro sentido.

generaciones pasadas; la antorcha del progreso los ilumina y luchan con éxito. [...] Son los Mendizabal, Casildo G. Thompson, los Elejalde, Dionisio García, Juan Espinosa, Tomás Platero, Juan A. Costa, Juan Finglhay y otros tantos como se sabe, no pertenecen a la generación pasada (La Broma, 3 de febrero de 1881, N°7).

Algunos de los jóvenes mencionados no solo trabajaban en La Broma, sino que se hizo alusión a otras personalidades que habían colaborado en esta, aportando producciones artísticas como poemas, payadas o cartas contando su experiencia en muestras o conciertos dados en diversos espacios. Aquellos que formaban parte de otros periódicos pertenecientes a la comunidad (Gabino Ezeiza, Pablo Balparda y los Ramírez, entre otros) en esa nota estaban ausentes. Esa publicación guardaba ciertas intencionalidades: no solo remarcaba las personas que encabezaban el sostenimiento de la “antorcha del progreso” sino quienes no entraban en la promulgación de ese programa, marginando desde pares periodísticos, personajes de generaciones pasadas y el resto de los jóvenes “no ilustrados”. En esa justificación residió la paradoja del discurso, fragmentando la comunidad por la cual supuestamente abogaba su “unión”.

Como segundo recorte a mencionar es la importancia atribuida a las sociedades de socorro mutuo en pos del bienestar de su comunidad, discutiendo cuáles eran los sentidos que dichas instituciones debían pregonar. En La Broma para el año 1876 se argumentó:

Cuando nos presentamos en la arena del periodismo, traíamos la firme convicción de que la sociedad en general aplaudiría la idea y se prestaría a formar parte decididamente cada uno por sí, ofreciendo sus pensamientos sobre las formas o reglas que debían ser adoptadas para llegar hasta conseguir el triunfo. [...] Es por estos que no estamos de acuerdo con las sociedades existentes ni las que se tratan de fomentar, sin antes de buscar la unión, que será quizás lo que nos proporcionará los medios más conducentes para fomentar toda clase de asociación (La Broma, 18 de mayo de 1876, N°3).

Lo interesante en esta llamada es cómo en un principio las asociaciones se relacionaban (junto al periodismo) como formas adoptadas para conseguir el triunfo intercomunitario, aludiendo que su creación debía enfatizar en la unión por la fragmentación; profundizando en la igualdad sin importar las diferencias socio-económicas como culturales de los involucrados. La Juventud en su segunda época argüía a los mismos ideales:

La desunión entre los miembros de un centro social, no es el estado natural de las sociedades humanas, que teniendo en sí mismas el germen de su conservación y los medios para fomentar su desarrollo, no pueden dejar de preferir las ventajas inmensurables del orden [...] Retrocedemos sobre nosotros mismos; no culpamos estúpidamente a causas que no son las verdaderas; el mal está entre nosotros mismos, en nuestra indiferencia política, en nuestras costumbres públicas, en esa repugnancia que tenemos instintivamente, y también por nuestras viejas hábitos de esclavitud, a satisfacer las verdaderas condiciones de la libertad (La Juventud, 20 de junio de 1878, N°25)

Sin embargo (volviendo a La Broma) para 1877 ya no se mencionaban las *asociaciones*, sino que paulatinamente empezó a focalizarse en una en particular denominada La Protectora: “Hace algún tiempo en el seno de esta Asociación se viene luchando por dar en tierra con la entronización del desorden y el arbitrario que reinaba allí como cosa legítima” (La Broma, 27 de septiembre de 1877, N°2). No será entre los años 1878-1879 en el que La Protectora ocupó un lugar destacado en las publicaciones del semanario. Esto se reflejó en las cartas de opinión enviadas por los lectores, las cuales expresaban sus sentires frente a ciertos debates o discusiones nacidas en su seno, sea desde la mención de cuál debía ser su función hasta las causantes (de su escasa como exitosa) concurrencia. En otros casos, se explicitaban minuciosamente todas las normativas derogadas en las asambleas, quiénes accedían a los nuevos puestos administrativos, qué políticas futuras habían planificado sus presidentes y en qué lugar y fecha se organizaban las asambleas, entre otras. Más allá de lo puntualizado, desde el periódico La Perla se alegó:

(“La Protectora”) Este es el nombre de una y la única asociación de socorros mutuos que existe por ahora entre nosotros. El carácter que enviste toda asociación de esa naturaleza, tiene por norma el de ser franco sencillo y sobre todo extensivo. Esto, y mucho más es lo que falta en dicha asociación; para que pueda revestir un carácter verdaderamente popular [...] Denle pues, un desenvolvimiento más popular, el deber

de una asociación que está llamada al servicio de la humanidad no termina su misión, con auxiliar a diez o veinte de sus comitentes, sino a todos aquellos desvalidos que reclamen. Por lo tanto “La Protectora” debe llamar a todos sus hermanos sin distinción, para que se amparen a la sombra de la bandera de la caridad [...] De lo contrario esa asociación no llenará su cometido y seguirá el mismo camino que se trazó “La Fraternal” (La Perla, 1 de septiembre de 1878, N°24).

Seis meses después, en La Broma se continuó planteando la misma discusión:

Es la verdad, lo repetimos, no será una sociedad digna ni mantendrá su estabilidad, mientras, halla en su seno cabecillas, viejos pero sin conciencia, hombres que no han aprendido a crear el raciocinio y la experiencia que los años enseñan en la vida de la humanidad. [...] queremos dejar como herencia a las generaciones que nos sucedan, un monumento de amparo y un recuerdo eterno para los que llevan en sus venas la sangre de nuestras venas [...] en una palabra, queremos concluir nuestra obra para dejarla intacta y no un montón de ruinas y escombros para vergüenza de nuestros hijos (La Broma, 16 de octubre de 1879, N°14).

Lo destacable en ambas fuentes (en la primera con mayor incidencia que en la segunda) es que más allá de quienes lideraban las asociaciones, estas no iban a poder resguardar el bien comunitario simplemente porque no se proyectaban bajo aquel sentido. El encauce que finalizaban pregonando era el del lucro personal y ganancia individual, desvirtuando la esencialidad asociativa como mutualista que debería caracterizarlas: la solidaridad de uno junto a otros. Ante esto desde La Broma, pareciera que se quiso ir más allá de la de la publicación, deseando fundar una “verdadera” asociación alejada de esas polémicas, pudiendo simbolizar una verdadera herencia para sus hijos.

Continuando ese deseo, en el año 1881 luego de varias épocas y decesos de otros periódicos provenientes de su misma esfera, en La Broma se continuaba puntualizando que La Protectora seguía siendo el núcleo impulsor que necesitaba su comunidad: “[...] “La Protectora” es la base de nuestra felicidad social. “La Protectora” con hombres a su frente, que la amen y se interesan en su porvenir, tiene necesariamente que dar impulso y nombre a nuestra pobre pero laboriosa comunidad” (La Broma, 17 de diciembre 1881, N°50).

Frente a la prensa en unión a las asociaciones en pro de la comunidad afro, puede destacarse como primer punto que entre 1876 a 1879 se percibe un cambio discursivo en La Broma, pasando del plural de la fraternidad e igualdad entre asociaciones, al singular de su impronta, focalizando en una única asociación de socorros mutuos. En virtud de esto último, brota un punto en común tanto en La Perla, La Juventud como La Broma concordando que pese lo que pese La Protectora era una de las últimas asociaciones “fuertes” que quedaban en la comunidad.

Desde los semanarios, estas instituciones (sea La Protectora, como otras extintas) eran defendidas y enaltecidas como valerosos legados para sus hijos nacidos bajo los baluartes de la libertad, alejados de aquel pasado atravesado por la esclavitud. Desde aquella perspectiva, se exaltaron cuáles eran los sentidos que debían consolidar y gestionar asociativamente estas instituciones; siendo reproducidas bajo las mismas significancias atribuidas a la “misión del periodismo”, efectuándose ambas como un órgano más para su comunidad, el cual imponía una agenda a seguir si se deseaba una real y notoria intervención en la esfera pública de la urbe porteña en general:

Hemos aplaudido la hoja de como útil a la asociación de la que es órgano oficial y genuino de la gran parte de la sociedad, que algunos distinguen con el denominativo de color. [...] Somos los miembros de “La Protectora”: la amamos, la parecíamos sin adularla en su justo valer; porque en la sociedad que más conviene entre nosotros; porque es la sociedad simpática a nuestras afecciones; porque es la sociedad única de socorros mutuos que entre nosotros contamos y cuya institución es no solamente respetada por los que la componemos, sino también por los que observan la marcha de lejos, y seguros estamos de que la respetarán hasta las futuras generaciones (La Broma, 20 de enero de 1881, N°5).

Sin embargo, esta unión discursiva entre asociación y prensa no fue arbitraria ya que en materia activa como organizativa diferían. Desde La Juventud como La Perla insistieron que, si La Protectora no practicaba políticas de amparo frente a los sectores más vulnerables de la comunidad,

su esencia “guardiana” y de ayuda solo pertenecería a un sector y no a la totalidad. En cambio, La Broma no apuntó específicamente a qué realizaciones integracionistas eran necesarias, sino que el líder directivo que las encabezara debía tener ciertas características grandilocuentes. En caso de que esas aptitudes no fueran personificadas, La Protectora no solo seguiría siendo impopular entre los grupos comunitarios, sino que estaría condenada al fracaso como su par La Fraternal. Ante estas inclinaciones se puede concluir que los sentidos que debían conservar las asociaciones (en este caso La Protectora) se establecían desde dos representaciones: por un lado, se consideraban cuáles eran los deberes de sus directivos y por el otro, quiénes eran aptos para gestionar ese cargo (haciendo foco en la juventud letrada dentro de estas instituciones). Estos jóvenes debían ser los responsables de “correr” a las viejas generaciones las cuales no entraban en el canon ilustrado, plasmando una nueva agenda visualizada en el progreso y orden social. En cambio, en el caso La Perla y La Juventud acusaron a La Protectora de efectuar un carácter segregacionista, salvaguardando el bienestar únicamente entre sus miembros acomodados sin velar por el bien comunitario, estableciendo vínculos privilegiados entre quienes la conformaban. Para ellos, la participación en estas instituciones reposaba más en la búsqueda de reconocimiento o ascenso propio que en el desarrollo de políticas fehacientes para la prosperidad de los afrodescendientes.

Como tercera y última premisa, queda por analizar la significancia atribuida al concepto de moral. La Broma en el N°37 de su sexta época publicó la importancia que conllevaba la palabra escrita y cómo a su vez, era necesaria para alcanzar ciertos ideales: “Por último la palabra escrita es fiel intérprete de nuestros sentimientos en todas las ocasiones y circunstancias de la vida, como por ejemplo en la presente, en que estamos empeñados por fomentar entre nuestra comunidad, el amor al adelanto, al progreso, a la ilustración moral e intelectual y a la unión de todos los individuos...” (La Broma, 8 de septiembre de 1881, N°37). Asimismo, se atribuyó otras connotaciones relacionadas a lo moral, aunándolas principalmente con las nuevas generaciones de jóvenes ilustrados: “[...] A la juventud presente es a la que se le debe esta propaganda moralizadora y progresista. Ha levantado bien alto el pendón de sus más altas aspiraciones. Unión y progreso! Ha levantado el espíritu de nuestros hombres adormecidos y agobiados por la inacción, en que yacían postrados por tanto y tan largo tiempo” (La Broma, 3 de febrero de 1881, N°7). En otro número del mismo año se sigue persistiendo en esa declaración:

Felizmente, la era reaccionaria por que cruza nuestra humilde comunidad no lleva a la vanguardia aquellos viejos elementos con sus carcomidas tendencias, que medio siglo atrás servían de vallas insuperables para hacerla retroceder, humillarla, escarnecerla y condenarla a llevar eternamente un baldón de negra ignominia sobre su fuente mancillada. [...] Necios! No ven que las ideas que profesamos y que viene propagando nuestra generación desde quince años atrás, han alcanzado un triunfo moral innegable y justo, porque están basadas en los principios de los tiempos modernos fervientes acatados por todos los pueblos libres del universo! (La Broma, 2 de julio de 1881, N°27).

A partir de esos fragmentos, se puede observar la importancia que se focalizaba en el sector juvenil, proyectado como el encargado de mantener y continuar las manifestaciones de “civilidad” intercomunitaria; constituyendo el pase de “posta” de generación en generación. A ese encuadre, donde se conjugó la juventud con el ápice del progreso moral (y material) sumaron nuevamente el rol de las asociaciones:

El rumor de las ardientes luchas que se traban en nuestras asociaciones, especialmente, en nuestra institución de socorros mutuos, es para nosotros, el son halagador de la marcha triunfal que emprende nuestra comunidad por la senda del progreso moral y material, a la luz del raciocinio y a la sombra del derecho. Los movimientos sociales, operados en el terreno legal y exigido por las conveniencias propicias, son tan esencialmente necesarios, como el ejercicio a la musculatura del cuerpo humano, para su desarrollo y vitalidad (La Broma, 23 de junio de 1882, N°75).

Esto devela cómo los discursos construidos se yuxtaponían, vertebrándose gradualmente gracias a ciertos elementos en común que propiciaban su reproducción. Lo moral era tomado como una de las prácticas necesarias si se deseaba garantizar el progreso comunitario; para ello las nuevas

generaciones debían acoplarse a esos compendios moralizantes. Las asociaciones también permitían el engrandecimiento de este último y, en unión a la prensa, eran representadas como las responsables para su desarrollo.

Desde La Broma, la tríada moral encabezada por “prensa - juventud ilustrada – asociaciones” fue estimada como uno de los pilares fundamentales para alcanzar el progreso, considerado tan necesario para el desarrollo de su comunidad. Pero aquí la moralidad a su vez se conjugó para un fin, un propósito mayor. Cumplir con todas esas consideraciones garantizaba el orden social, siendo en su práctica disciplinante, conformante de este último. Sin moral no había disciplina, sin disciplina no se podría efectuar un orden; ergo, el progreso intercomunitario sería inexistente. Esta generalidad a su vez no era ajena al contexto socio-cultural que los atravesaba, sea desde las cúpulas vinculadas al periodismo como de otras esferas societarias. La bisagra a tener en cuenta es que La Broma (con la compleja organización y constancia que la misma conllevó entre número y número) no solo construyó una agenda a favor del progreso “civilizatorio”, “ordenado” e “ilustrado” imperante, sino que fue un instrumento disciplinante intercomunitario servil al mismo, el cual puntualizaba cómo actuar, qué pensar o decir, desde un recorte acorde al cotidiano de sus responsables, muy lejano quizás a la realidad vivenciada por otros afrodescendientes que compartían el mismo territorio.

### **Palabras finales**

A lo largo de este trabajo, se intenta visibilizar a los afrodescendientes en la época decimonónica, período en el cual se impusieron políticas de marginalización y negación que atentaban contra dicha comunidad en virtud de un ficcional imaginario de “blanquitud” social. En refutación hacia aquellos postulados, esta última efectuó diversas intervenciones en la esfera de opinión pública porteña, destacando entre ellas la publicación del periódico La Broma. A su vez, estudiamos algunas de las premisas con las que este medio buscó interpelar a sus lectores y, en tanto actor, imponer en la esfera pública. Su palabra escrita (haya concretado o no esa búsqueda de aprobación) fue contundente. Atribuyendo a su vez, una agenda intercomunitaria disciplinante que demarcó a través de ciertas premisas cómo debían accionar aquellas personas que la aceptaran, instigando la legitimación del orden y progreso sociocultural pero solo en miembros que pudieran complimentar determinados “roles” y/o desarrollar ciertas características que no todos contaban.

A pesar del estatus privilegiado en que se configuraron algunas opiniones, a lo mejor, estas reposaban en la necesidad de poder alcanzar un mínimo de reconocimiento entre los sectores blancos ilustrados que componían el resto de la esfera pública letrada.

Tal vez todo se forjó en el deseo de imaginar una comunidad que no solo respete las premisas de ese “orden y progreso” que tanto se pregonaba, sino en que La Broma fuese el vehículo instrumental para la visibilización de los afroporteños ante el resto de la urbe (la cual, como ya se ha sostenido, tenía claras intenciones de marginalizar y negar aquella comunidad del imaginario social), demostrando a su vez, que no eran esclavos como tampoco gentes para seguir discriminando debido a los idearios racistas que aún persistían. Eran hombres y mujeres que entendían las transformaciones sociales, culturales y económicas que atravesaba el país de aquel momento. Vivenciaban esos cambios y en parte los defendían. Posiblemente, esa era la misión “sagrada” que aspiró La Broma para su comunidad, que los afrodescendientes no sean un recuerdo en la historia sino una presencia, una permanencia. Siendo ese el principal bien de herencia para sus lectores.



## Referencias

- Andrews, G. R. (1989). *Los afroargentinos de Buenos Aires. 1800-1900*. Ediciones de la Flor.
- Bou, C. (2008). *África y la historia*. Ed. Último Recurso.
- Bragoni, B. y Míguez, E. (2010). *Un nuevo orden político. Provincias y Estado Nacional, 1852-1880*. Ed. Biblíos.
- Bravo, M. y Fernández, S. (2014). *Formando el espacio público: Asociacionismo y política. Siglos XIX y XX*. Ed. EDUNT.
- Geler, L. (2007). *Periodistas, directores, redactores y jefes. El periodismo afroporteño entre 1873 y 1882*. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.
- Geler, L. (2010). *Andares negros, caminos blancos: afroporteños, Estado y Nación. Argentina a fines del siglo XIX*. Ed. Prohistoria / TEIAA.
- Ghidoli, M. L. (2015). *Invisibilización y estereotipo. Representaciones y autorrepresentaciones visuales de afroporteños en el siglo XIX* [Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires].
- Halperin Donghi, T. (1980). *Una nación para el desierto argentino*. Ed. Ayacucho.
- Hobson, J. (2006). *Los orígenes orientales de la civilización de occidente*. Ed. Crítica.
- Museo Pueyrredón. (2019). *In-visibles. Exhibición temporaria*. Museo Pueyrredón.
- Ocoró Loango, A. (2010). *Los negros y negras en la Argentina: entre la barbarie, la exotización, la invisibilización y el racismo de estado*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Picoti, D. (2000). El negro en Argentina. Presencia y negación. *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, 17.
- Quijano, A. (2014). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina en *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad del poder* (pp. 777-832). Ed. CLACSO.
- Román, C. (2010). *La prensa satírica Argentina del Siglo XIX: palabras e imágenes, Vol. 1*. FILODIGITAL / Repositorio Institucional de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Sábato, H. (1999). La vida pública en Buenos Aires en M. Bonaudo (coord.), *Nueva Historia Argentina. Liberalismo, estado y orden burgués (1853-1880) Tomo IV*. Ed. Sudamericana.
- Solomiansky, A. (2015). Argentina y negritud: desde la otredad radicalizada hacia discursos más igualitarios. *Cuadernos de Literatura*, 19(38).
- Yao, J. (2015). La prensa afroporteña y el pensamiento afroargentino a finales del siglo XX. *Historia y Comunicación Social*, 20(1).

## Fuentes primarias (por orden de aparición)

- La Broma. “¿Por qué se llama La Broma? IV”, 15 de noviembre de 1878.
- La Broma. “Redacción. Nuestra Misión”, 24 de enero de 1878.
- La Broma. “Varillazos”, 20 de octubre de 1881.
- La Broma. “Variedades. High Life”, 8 de septiembre de 1881.
- La Broma. “Redacción. A nuestros favorecedores”, 20 de diciembre de 1877.
- La Broma. “Redacción. Saludos a la prensa”, 20 de diciembre de 1877.
- La Broma. “Redacción. Primero que todo”, 25 de julio de 1878.
- La Broma. “Redacción. ¿Es útil o no?”, 17 de agosto de 1879.
- La Broma. “Redacción. Tertulia anual a beneficio de La Broma”, 28 de febrero de 1880.
- La Broma. “Redacción. Un triunfo más”, 28 de mayo de 1881.
- La Juventud. “Sección noticiosa”, 7 de mayo de 1776.
- El Aspirante. “La Broma”, 28 de mayo de 1882.

La Broma. “Comunicado. Algo nos falta”, 3 de febrero de 1881.  
La Broma. “Redacción. Cuatro palabras más”, 15 de mayo de 1876.  
La Juventud. “Redacción. Nuestra Misión”, 20 de junio de 1878.  
La Broma. “Redacción. Sociedad de Socorros”, 27 de septiembre de 1877.  
La Perla. “Redacción. La Protectora”, 10 de abril de 1879.  
La Broma. “Redacción. Consecuencia fatal”, 16 de octubre de 1879.  
La Broma. “Redacción. Reaccionamos”, 17 de diciembre de 1881.  
La Broma. “Entramos a la discusión”, 20 de enero de 1881.  
La Broma. “Redacción. La palabra escrita”, 8 de septiembre de 1881.  
La Broma. “Redacción. Progreso”, 3 de febrero de 1881.  
La Broma. “Redacción. Los que desertan”, 2 de julio de 1881.  
La Broma. “Redacción. Luchas benéficas”, 23 de junio de 1882.